

La película «Proyecto X» inaugura el Festival de Cine de Gijón

A. E.

GIJÓN. Lid. La película «Proyecto X», del director estadounidense Jonathan Kaplan, abre hoy el XXV Certamen de Cine para la Juventud, de Gijón, en el que este año se presentan 21 películas de 13 países en la sección oficial a concurso.

Gijón contará en esta edición con la presencia de la mayor parte de los directores y productores de las películas y con la presencia del director Roger Cormman, especialista en rodar las películas al margen de las grandes compañías cinematográficas y con bajo presupuesto, lo que le convierte en uno de los padres del cine independiente americano.

Con Cormman han aprendido a realizar cine hombres como Scorsese, Coppola y Bogdanovich además de buena parte de los nuevos talentos cinematográficos como Paul Bartel, Joe Dante, John Sayles o el mismo Jonathan Kaplan.

La película que representará a España en este festival es «Hierro dulce», del director Francisco Rodríguez, que está interpretada por Emilio Gutiérrez Caba y Emma Suárez, entre otros.

«Proyecto X»

La película «Proyecto X» está copando los primeros puestos de popularidad en Estados Unidos durante los dos últimos meses, su director es Jonathan Kaplan, un nuevo genio del cine descubierto hace años por Roger Cormman.

La película reúne uno de los equipos más brillantes del año, con Matthew Broderick, el actor protagonista de «Juegos de guerra», «Lady halcón» y «Todo en un día»; Helen Hunt, la revelación de «Peggy Sue se casó»; Lawrence G. Paul, el extraordinario director artístico de «Blade Runner»; «Tras el corazón verde» y «Regreso al futuro», y James Horner, el compositor joven más cotizado de la industria cinematográfica.

«Proyecto X» cuenta la historia de un joven piloto integrado en un programa militar super secreto en el que se adiestra conjuntamente a hombres y monos en el manejo de naves para misiones especialmente peligrosas.

Una de las poetisas españolas más populares

Ana Rossetti: «Un poeta ha de tener lo suficiente dentro de sí para hacer cosas no artificiales»

Amalia Iglesias

Ana Rossetti, cuando habla, encadena las palabras con la gracia y el «trapio» de su inconfundible acento gaditano. Nacida en San Fernando hace 37 años, surgió en el panorama de la poesía a través del «Premio Gules» que obtuvo con «Los devaneos de Erato» en 1979. Desde entonces sus libros encabezan las listas de los más vendidos (sin perder de vista la cantidad de poesía que se vende en este país). Destacan «Indicios vehementes» (1985) y «Devocionario» (1986).

Ana Rossetti, cuando escribe, tiene también un acento propio, señas de identidad indiscutibles. En su poesía se suman la tradición modernista y el gusto por lo barroco, la sensualidad y la mística, la ironía y la emoción.

No se marca una poética porque prefiere dejarse sorprender por la poesía: «Aún no he escrito todo ni de la manera que quiero escribirlo. La poesía tiene muchos cauces y quiero recorrerlos».

Más allá del barroquismo y la retórica propia de sus poemas, hay un poso de autenticidad difícil de enmascarar: «No me invento nada. Hablo de lo que sé y no sé muchas más cosas. Lo que hago es darme otras posibilidades. Un poeta debe de tener lo suficiente dentro de sí para hacer cosas no artificiales. Se puede escribir sólo con técnica, pero eso no me interesa».

Para ella es más importante leer que escribir y entre sus lecturas hay un poco de todo: «En mi infancia leía cosas muy raras y atípicas. Lo que más me gustaban eran los libros prohibidos y me fascinaban los martirios». Confiesa también su debilidad actual por la literatura infantil: «La buena literatura infantil es la de siempre, la más universal e intemporal, son libros que han ido atravesando durante siglos generaciones y fronteras».

Cualquier lector descubriría en ella de inmediato dos obsesiones: la infancia y la religión. Ambas esconden una experiencia lo suficientemente fuerte como para alcanzar el grado de obsesio-

nes: «La infancia es algo especial para mí. Vivíamos todos los hermanos en una casa al lado de la de mis padres. Teníamos una habitación pintada de negro donde hacíamos espiritismo. Era algo muy creativo. Celebrábamos desde un homenaje a Proust, hasta la canonización de personajes como Santa Eugenia de Montijo, San Luis de Baviera o San Federico García Lorca». Y en ese contexto ya estaba la poesía como rito y comunicación: «Nos escribíamos poemas continuamente, tras o cuatro al día, poemas que decían cosas útiles: citas, disculpas... Era como un rito, con un lenguaje que no tenía nada que ver con nuestro lenguaje habitual».

Y tal vez también allí surgió el teatro, muy ligado a su autobiografía en sus facetas más diversas: como escritora, intérprete (con Premio de Sitges incluido); al igual que Lorca ha recorrido los pueblos con una carpa; también ha trabajado de sastra y actualmente se gana la vida como extra de cine: «Me gusta trabajar en el teatro. Lo importante no es ser actriz, sino estar dentro de ese mundo. Me gusta observar, controlar todo. Es un mundo fascinante».

Como fascinante era aquel mundo de retablos y reliquias, de milagros y letanias: «La verdadera literatura fantástica se encuentra en los prodigios eucarísticos. Ese entorno me atraía mucho más que lo que pudiera ofrecerme Julio Verne. Porque es un espacio que escapa a toda racionalidad. De hecho me da mucho más miedo que se me aparezca el demonio que un ladrón, porque el demonio pertenece a un mundo que desconozco».

Aunque es evidente el sello autobiográfico en su poesía, la ironía la recubre como un celaje que la hace distanciar de la crónica personal: «Yo te puedo contar mi vida, pero la emoción no se puede contar, has de distanciarte para poder reírte de ella. En eso soy muy gaditana, interpongo la guasa, prefiero reírme de mí yo misma antes de que se rían otros».

Algunos han tratado de encasillar sus escritos dentro de

la línea de lo erótico, y eso es algo que empieza a no gustarle: «Lo erótico no es el único tema de la vida. No quiero textos con calificativos a priori que condicionan la lectura y entorpecen la aventura de descubrir por uno mismo».

—¿Alguna vez te han dicho que tu vida podría ser la de un personaje literario?

—Sí, Y tal vez sea verdad, pero yo sería incapaz de escribir ese personaje.

Quizás porque le basta convivir intensamente. Ana Rossetti, como una niña ávida, le pide a la vida que la sorprenda constantemente: «Una de mis pesadillas más fuertes ha sido el miedo a que se apoderase de mi vida lo trivial, lo vulgar, la nada».

—Ana, ¿la vida es sueño?

—Personalmente prefiero aquella otra frase que dice «¿qué es la vida?: un frenesí».

En opinión de la filóloga, la posesión de los originales «permite conocer lo que verdaderamente han querido decir los autores»

Urgell: «La censura de obras vascas en ocasiones se ha producido a través de ediciones críticas»

F. S.

SAN SEBASTIÁN. La filóloga Blanca Urgell señaló ayer en su intervención en los Cursos de Verano el trabajo realizado a través de ediciones críticas «que en algunos casos ha supuesto una especie de censura sobre obras vascas, censura conocida puesto que poseemos los originales de esos autores y por tanto se puede rastrear lo que se ha dejado fuera de estos libros».

Blanca Urgell cita como casos concretos la obra «Garoa», de Txomin Agirre «en la que la censura se realizó por motivaciones morales. Lo mismo ocurrió en las traducciones de algunos libros de Axular, donde las cosas salidas de tono quedaron fuera, así como en «Pasioko bertsoak», de Basterretxea».

Para la filóloga, en la actualidad «quedan algunas tendencias de este tipo, aunque lo normal es que se respeten los textos de los clásicos tal y como se encontraban en el original. De todas formas, como ocurre en todas las lenguas, en la realización de traducciones de obras modernas se puede acercar el lenguaje

al público, pero hay que distinguir entre esto y las ediciones críticas, dirigidas a un público más especializado».

A su vez, en opinión de Blanca Urgell, el estudio de las ediciones críticas «permite conocer el criterio que los lingüistas de cada momento usaban con respecto a la lengua vasca. Por lo general, las obras que contaban con este tipo de ediciones eran catecismos, como los de Arzadun o Irazusta, libros que al ir destinados a niños conocieron muchos cambios gramaticales».

Por lo que respecta a la producción actual de ediciones críticas, la filóloga señala que «se siguen publicando este tipo de obras. En este campo, son conocidas las ediciones de Hórdago, las de Euskaltzaindia o una más reciente patrocinada por el Gobierno vasco. Las ediciones de estos estudios son cortas, pero las compran incluso los no especialistas, ya que existe un cierto militancia que hace que la gente adquiera casi todo lo que se expone en las librerías».

Ayer se inauguró la VI Feria de Artesanía de San Sebastián

SAN SEBASTIÁN. Xabier Albistur inauguró ayer la VI Feria de Artesanía Contemporánea de San Sebastián, en su primer acto oficial como alcalde de la ciudad.

El alcalde se interesó por las obras expuestas en los cuarenta stands de la feria, en los que se recogen las técnicas más vanguardistas en cuanto a formas y diseños, según explicaron a Efe fuentes del colectivo Arko, organizador de la muestra, que se

prolongará hasta el próximo domingo en los bajos del Ayuntamiento.

Albistur calificó la exposición como «una feria con futuro» y consideró que su contenido mostró la profesionalidad de sus creadores, sugiriendo que «hay que potenciar la introducción de técnicas artesanales en el mercado porque cuentan con una importante demanda por parte del público».

de Carlos Sanz, pero que se nos murió, dejó escrito, con claridad y sarcasmo: «¿Quién sería el genio que, hablando de historia, distinguía por primera vez la 'moderna' y la 'contemporánea'?». Acaso, es un decir, alguno de los asistentes al congreso de Valencia, si es que la ciudad, después de ese congreso, no ha cambiado ya de nombre.

Fernand Braudel, el historiador francés fallecido en 1985, quien, por cierto, acuñó la frase de «la Europa de los pueblos», se hubiera sentido muy incómodo en este congreso del Mediterráneo. Braudel, cuya tierra era el mar, unió su identidad cultural a este espacio marino, del que Pío Baroja dijo que no era un mar sino una charca. La exagerada expresión de don Pío es menor después de ese congreso, que no se debería incluir en las listas de congresos, salvo en peligro de muerte.

Han dicho en algún periódico que el congreso volverá a convocarse cualquier año de estos, por expreso deseo de alguien, pero mejor sería que se suspendiera, salvo que lo que se pretenda no sea otra cosa que convertir ese mar en lagunilla inferior. En un espacio menguado, como la cultura que nos envuelve y desencanta.

CULTURA MENGUANTE

Félix Marañón

Difícil se lo han puesto a nuestros profesores para responder al estudiante de segunda enseñanza cuando se hable de ese período histórico. El estudiante de segunda enseñanza sabe, no cabe duda, que TVE tiene mucha más razón que el colectivo de profesores. En fin, que a uno le hubiera extrañado menos que los intelectuales hubieran cambiado de nombre al Mediterráneo que se callaran ante semejante exabrupto ahistórico.

Ya se sabe que la postmodernidad consiste precisamente en guardar los moldes, procurando no contestar la fertilidad cultural de los contemporáneos. La postmodernidad viene a definirse de este modo como la ausencia de cualquier contraste crítico, y quedará para la historia como un tiempo en el que las cosas siempre se decían a medias. Un tiempo mediocre, por tanto. Un pintor que era muy listo, y muy poeta, y muy crítico y muy claro, que tenía el nombre

La modernidad no debería ser otra cosa que hacer las cosas bien, aunque todo es posible, evidentemente, después del tristemente famoso congreso de Valencia. En cualquier caso, históricamente hablando, no es lo más grave emitir juicios objetables sobre las cosas, sino poner las cosas patas arriba. En semejante trance ha dejado a la historia de la verdad la intervención de Octavio Paz en el susodicho congreso. Paz dijo en su inauguración que «la monarquía y la democracia española, ganaron la guerra civil». A uno le habían dicho que la guerra la había ganado un tal Franco. Que la había ganado y disfrutado. La democracia perdió la guerra, salvo que queramos decir que el régimen democrático es el que nos sobrevino después, pero acaso Octavio Paz esté más informado que uno.

No es, en cambio, tan preocupante que Paz dijera semejante disparate (el propio José María de Areilza ha reconocido en estas páginas la barbaridad intelectual cometida por Paz), como que en el propio congreso nadie le parara los pies. La sonoridad de la frase del poeta mexicano y, por extensión, la torpeza de su mensaje parece, no obstante, que halagó a muchos, porque en TVE se repitió con hartura.